

en la existencia de este Colegio. Cuando ménos esperanza podia tenerse de un establecimiento científico, cuando parecia más remota su erección, llegó el tiempo, y en medio de una revolucion demasiado tempestuosa, lo hizo aparecer como por encanto. ¿Quién hubiera creído que en tiempos tan calamitosos, entre tantos desastres, en medio de la discordia civil más horrible, cuando todo anunciaba destruccion, cuando los vínculos sociales estaban casi rotos, hubiera hombres que pensáran en erigir un Colegio, y que se acordaran de esta obra, que parece más propia de los tiempos de paz? ¿Podría esperarse semejante cosa cuando la guerra ocupaba todos los ánimos, cuando la division habia cundido, no solo en nuestra desgraciada nacion, sino tambien en lo interior del Estado, cuando los ódios reconcentrados y oprimidos estallaban, y cuando parecia que la sociedad casi tocaba á su término? Ello es que vimos con el mayor asombro nacer este Colegio civil del seno mismo de las calamidades públicas, lo vimos salir á luz pobre y humilde, en verdad, pero circundado de halagüeñas esperanzas. Un Gobierno le dió el ser en el centro de un tumulto revolucionario, porque se acordó que la ciencia es la vida: y otro Gobierno, haciendo á un lado resentimientos y quejas, le ha dispensado su proteccion hasta donde sus penurias y apuradas circunstancias se lo han permitido, por-

que tambien sabe que la instruccion es la vida de los pueblos, y que la primera obligacion es la educacion de la juventud. Gracias muy rendidas tributemos, pues, al Supremo Dios, Criador y Regulador del Universo, porque nuestra sociedad no está tan corrompida, supuesto que aún hay hombres, que á pesar de tantas y tan calamitosas vicisitudes, piensan todavía en hacer el bien, que se avergüenzan de quedarse inferiores á lo que deben ser en su siglo, y que dóciles obedecen al impulso progresista del tiempo. Dos años apenas cuenta de vida este plantel, y ya promete corresponder á los grandes sacrificios que ha costado con los primeros frutos, que tengo fundadas esperanzas para creer que no serán muy tardíos. El tiempo que todo lo desarrolla y lo sazona, perfeccionará esta recien hecha y pequeña sementera, que él sabe bien, de pequenísimos principios, hacer grandes y excelentes cosas: él hace de la flor de la viña, que es una de las más pequeñas y sencillas, el mejor y más estimado de los frutos.

El Estado puede y debe esperar con esperanza firme muchos y grandes bienes de esta institucion bienhechora: ella vivificará nuestro pueblo, propagará los conocimientos útiles, esparcirá la luz consoladora del saber, producirá útiles é instruidos hombres que le den lustre y esplendor, y que sean su más firme apoyo, y su segura guía en el dificulto-

sísimo arte de regir á los pueblos, y por fin, ella dará con abundancia los ubérrimos y apetecidos frutos, que son el resultado natural y necesario de la instruccion y de la sabiduría.

Entre tantos y tan eminentes bienes, no es sin duda el menor haberse abierto en este Colegio una nueva carrera á la juventud estudiosa, fundando en él cátedras de las ciencias médicas, cosa no solamente muy útil, sino muy necesaria en una sociedad bien arreglada: de ellas carecíamos enteramente y hoy las vemos existentes entre nosotros á pesar de las inmensas dificultades que se han ofrecido y que parecian de todo punto insuperables. ¡Cuántos y cuán estupendos beneficios pueden aguardarse de aclimatar en nuestro suelo el estudio de las ciencias naturales! La contemplacion de la naturaleza, el exámen de sus maravillas, la investigacion de sus secretos y el estudio de sus leyes son y han sido siempre la fuente inagotable del saber, la ocupacion más digna del hombre y el origen y la primera raíz de la más sana filosofía. El gran libro de la naturaleza, abierto siempre ante los ojos del que quiera escudriñarlos, no envejece, no caduca, siempre nuevo, siempre útil, jamás agotado, es el que dá la más sólida instruccion: cualquiera que sea la profesion que el hombre ejerza, tiene que consultarlo si no quiere equivocarse. ¡Feliz el que ha

llegado á saber registrar este inmenso tesoro, y á entenderlo.

No solamente reportarán los habitantes del Estado la utilidad de los estudios médicos propiamente dichos, sino tambien la que se deriva de las ciencias auxiliares de la medicina. ¿Qué ventajas no pueden esperar las artes de que se propaguen las utilísimas luces de la Química? ¿Cuántos útiles conocimientos no aprovechará la agricultura del estudio de la Botánica? Cuán brillante luz no puede recibir en ciertos casos el foro de las investigaciones de la medicina legal? Pero es por demas ponderar la magnitud de los bienes que acarrea el estudio de estas ciencias tan reconocido por todos; baste decir que su introduccion entre nosotros, es la mejora más positiva y más grande que ha podido hacerse en nuestros tiempos.

Y vosotros, oh jóvenes alumnos, porcion escogida del pueblo, acordaos que sois los fundadores de este Colegio, y que debeis ser en todo el fundamento de él: sed virtuosos para que lo sean tambien los que vengan despues de vosotros: si sois buenos, vuestros sucesores se avergonzarán de ser malos, y si sois malos, ellos imitarán vuestro ejemplo. Y pues vosotros sois el patron y la norma de los que os sigan en la carrera literaria, no deis el inaudito escándalo de que un establecimiento destinado á ser la luz y la vida de la sociedad,

se corrompa en su origen y se inutilice tal vez para siempre. Cualquiera que sea la profesion que adopteis, dedicaos á ella con todas vuestras fuerzas, estudiadla con teson; pensad en ella dia y noche, porque sólo así se alcanza la instruccion; pero no basta ser instruidos y aplicados, sino que es igualmente necesario ser prudentes, ser justos, ser benéficos, en suma, ser virtuosos. La instruccion y el estudio de nada sirven si no van acompañados de la virtud, son en tal caso más perniciosos que útiles. La instruccion y la virtud son la sabiduría: sed, pues, sábios, y agradareis á Dios y á los hombres.

Escuchad de boca del sábio de los sábios las grandezas de la sabiduría y grabadlas en las tablas de vuestro corazon. (1) “Bienaventurado el hombre que halló la sabiduría y que es rico en prudencia: mejor es su adquisicion que la grangería de la plata, y sus frutos mejores que la del oro mejor y más puro: más precioso es que todas las riquezas; y cuantas cosas son de desear no se pueden comparar con ella. Largueza de dias en su derecha, y en su izquierda riquezas y gloria. Sus caminos, caminos hermosos y todas sus sendas son de paz. Arbol de vida es para aquellos que la alcanzaren, y bienaventurado el que la tuviere asida.” ¿Quién al escu-

[1] Los Prov. cap. III v. 13 al 18.

char tales alabanzas y de boca de tal panegirista, no se siente arrebatado del ardiente deseo de la sabiduría? Buscad, pues, la instruccion en el estudio, y la sabiduría en la practica de las virtudes, porque si la instruccion es la vida, la sabiduría es más que la vida, es la felicidad, es la bienaventuranza. La instruccion solo se halla en el trabajo continuo de la lectura y la meditacion, y las virtudes solo se adquieren con el trabajo de ejercitarlas sin cesar: trabajad, pues, constantemente en procuraros tan eminentes bienes, haceos un hábito, una costumbre de estudiar y de ser buenos y labrareis vuestra felicidad y la de vuestros conciudadanos. Ahora que sois jóvenes acostumbrad al trabajo, porque como dice el profeta de las gentes: (1) “*Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su mocedad.*”

Entre las muchas virtudes que debe tener el hombre en sociedad y sobre todo, el hombre de letras, las principales, las que forman la base y el fundamento de todas las demas, son sin duda la probidad y la beneficencia; así los vicios que les son contrapuestos, la depravacion y el egoismo, son en realidad la gangrena de la sociedad. Siendo la probidad la sana moral en ejercicio y en accion continua, siendo la que nos impone el cumplimiento de esta ley san-

[1] Lament. de Jerem. cap. 3. v. 27.

tísima: "Has el bien y lo que es justo: evita el mal y lo que es injusto," ¿qué podrá haber de bueno en este mundo, sin ella? ¿qué acción podrá llamarse justa si no lleva su sello? Sed probos y gozareis de inefable satisfacción y tranquilidad de espíritu que produce el bien obrar. Si por el contrario, por una desgracia lamentable abandonais la práctica de esta virtud vivificadora ¡cuánta vergüenza y confusión os esperan! ¡qué sobresalto continuo! ¡qué amargura de ánimo, qué terror y qué cúmulo de males! Tal será el fruto de semejante descarrío, que á toda maldad marcó la naturaleza con las horribles y tremendas notas de la vergüenza y del miedo. El empacho y el temor son manchas que afean y degradan el rostro del malvado, y que revelan el cáncer oculto y devorador que roe sus entrañas, y que destroza en su corazón el lazo que lo unia á la sociedad, el sentimiento de la justicia, único vínculo capaz de mantener en pié las naciones. Comparad por un momento la cara del justo con la del malvado, y vereis que diferencia tan notable: en la del uno, brilla la sencillez y la inocencia, la pureza de su alma dá á su fisonomía una expresión dulce y apacible, su mirada es franca y expresiva, y todo manifiesta en ella la tranquilidad de la buena conciencia; la del otro está oscurecida con las sombras de la doblez y la maldad, la negrura de su alma le dá un aspecto bronco

y desapacible, sus facciones contraídas y su mirar oblicuo, desconfiado y que no puede fijarse jamás, están poniendo de manifiesto las tempestuosas pasiones que lo agitan, y las turbulencias que son inseparables de la conciencia maligna. Considerad bien estas diversas fisonomías, y os persuadireis de la hermosura y santidad de la justicia, y de la espantosa fealdad de la depravación. Aborreced, pues, con todo vuestro corazón la maldad, y firmemente decidios por ser invariablemente justos.

Si es bellísima la probidad, no lo es ménos la beneficencia, virtud sublime, cuyo origen se halla, como el de las demas, en el seno mismo de la Divinidad. El Supremo Hacedor la infundió en el corazón del hombre para consuelo de la especie humana, é hizo de ella un mandamiento. El Hijo de Dios en su peregrinación por este mundo, nos dió el ejemplo más cumplido de ella y renovó el precepto mandándonos hacer bien aun á los mismos enemigos. Imprescindible obligación tenemos, pues, de ser benéficos, tanto como de ser justos, y esta obligación comun á todos los hombres, es mucho mayor en los que con el carácter público ejercen una profesión literaria, porque ellos son depositarios del sagrado tesoro de las ciencias y deben repartirlo con liberalidad. El hombre que sepulta consigo sus conocimientos, que oculta su saber para

que á nadie aproveche, es el peor de los egoístas, es el peor de los avaros, es un hombre perdido para la sociedad y detestable por todos cuantos aspectos se le considere; por el contrario, el hombre benéfico que por cuantos caminos puede, y principalmente con su saber, va haciendo bien por donde pasa, es el mejor de los ciudadanos, es el hombre eminentemente social, cumple bien con su deber, se concilia el amor y el respeto de todos sus hermanos, y sobre todo, siente la satisfacción interior, el inefable gozo y la deliciosa expansión del ánimo, que siguen siempre á una buena obra.

¡Desgraciado el hombre que, ahogando en su corazón el sentimiento dulce y exquisito de la compasión, desoye la voz de la naturaleza, que es la voz de Dios, no se apiada de su prójimo menesteroso, retira su mano, siempre encogida, para negar el socorro, y hasta su anudada lengua es incapaz de pronunciar palabras de luz y de consuelo con que pudiera aliviar la desgracia! Cuanto tiene de amable la beneficencia, tiene de aborrecible el egoísmo, ese vicio atroz, esa pasión antisocial, que aislando al hombre en sus propios intereses, lo encierra en el estrecho círculo de su individualidad, lo hace abandonar á todos los demás, y compromete de una manera terrible los más caros intereses de la sociedad. Huid, pues, de semejante pasión que

es la peste más desastrosa, el vicio infame que envilece y degrada al hombre, haciéndolo incapaz de todo sentimiento de humanidad y aprended desde vuestra juventud á ser liberales y benéficos: ejerced siempre esta eminente y consoladora virtud, y alcanzareis la recompensa más preciosa en este mundo, que es el agradecimiento y el amor de los infelices, y hasta al sepulcro os seguirán las bendiciones de todos los que hayan experimentado vuestra liberalidad.

He procurado poner á vuestra vista é inculcar en vuestro ánimo, aunque en pocas palabras, la sublimidad de la inteligencia, la obligación de la instrucción, la necesidad del estudio, la excelencia del saber, la grandeza de la sabiduría y la incomparable belleza de la virtud, con solo el fin de estimularos á ser constantes en el trabajo, instruidos y virtuosos. Ciencia, trabajo y virtud, esta es la enseña de vuestro Colegio, esto espera de vosotros la sociedad, esto es lo que os debéis á vosotros mismos; pero advertid que debéis ser instruidos sin afectación, que no debéis confiar demasiado en vosotros mismos, ni ser sabios en vuestra opinión; porque Hipócrates en su ley ha dicho, que hay dos cosas, saber y creer que se sabe, saber es la ciencia y creer que se sabe es la ignorancia. Trabajad, pues, con ahinco en buscar la verdad en la naturaleza con buena fé y sencillez de corazón, y

sed irrepreensibles en vuestra conducta, para que no burleis las esperanzas que en vosotros fundan vuestros maestros, vuestras familias y vuestra patria, y alcanzareis en premio los nunca manchados honores con que resplandecen la ciencia y el trabajo, cuando van acompañados de la virtud.—DICE.

HIMNO

CANTADO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION
DE PREMIOS, EL AÑO DE 1862.

CORO.

*¡Bellas Ninfas, venid y los triunfos
De la ciencia sublime ensalza,
Y con dulces y armónicas voces
Vuestro noble entusiasmo expresad!*

1ª

Es la ciencia fulgente destello,
Que el Criador de su faz desprendió,
Más hermoso, más claro y radiante
Que la luz que á los astros vistió:
Pues la luz, á su vez, fué vencida
Por la noche que al mundo cubrió;
Y á la ciencia inmortal y gloriosa
La ignorancia jamás ofuscó.

Bellas Ninfas, &c.